

ENTREVISTA A GERMÁN CARRERA DAMAS

El resurgimiento de un militarismo bolivarianista en la región andina

GUILLERMO BUSTOS,
CÉSAR MONTÚFAR

Germán Carrera Damas es doctor en Historia por la Universidad Central de Venezuela, donde se desempeñó como docente y director de la Escuela de Historia, sobre cuya temática tiene una amplia producción bibliográfica; es también profesor de la Universidad de La Florida, en los Estados Unidos. Actualmente preside el comité de redacción de la *Historia General de América Latina* y es miembro del comité científico internacional para la nueva edición de la *Historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad*, ambas bajo el patrocinio editorial de la UNESCO.

Sobre el tema del culto a Bolívar,* luego de ver a la distancia su propio trabajo, ¿qué le agregaría a su análisis sobre la manera en que se ha instrumentalizado a Bolívar en la historia de nuestros países?

Lágrimas. He tenido que pensar mucho sobre esta cuestión, porque cuando hice esa tesis, venía de diez años de exilio, durante el gobierno de Pérez Jiménez, y cuando llegué a Caracas me encontré con que los hombres que estaban reinaugurando la democracia tendían a tomar el mismo camino que el dictador en esta materia, y fabricaron un Bolívar demócrata, el Bolívar que les convenía o les interesaba.

Se me ocurrió entonces que como una forma de intentar cambiar las cosas, de contribuir a que la gente reflexionara un poco, allí había un tema de la historia de las ideas; no la historia de las ideas en las nubes –porque ello sería la historia de los sistemas de ideas–, sino la his-

* Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar; esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, Universidad Central de Venezuela; Ediciones de la Biblioteca, 2a. ed., Caracas, 1973, 303 pp.

toria de las ideas en cuanto una práctica social, donde están realmente activas; y me puse a estudiar eso sistemáticamente. El resultado fue el libro *El culto a Bolívar*, y otro texto, que vendría a ser una actualización del primero, publicado en 1983, año de la conmemoración del nacimiento del Libertador. ¿Qué pretendía? Pretendía, sencillamente, decir que hay un pensamiento, que es de suyo el pensamiento de Bolívar, que es potencialmente inaceptable por sus posiciones antidemocráticas y dictatoriales; porque Bolívar tuvo un serio viso de autócrata real, pues las tareas que él emprendió no las podía realizar consultando; por eso le resultaban tan incómodos los Congresos. Pero ese fondo ha sido llevado a una perversión muy grande, porque el culto a Bolívar, que nació como un culto popular –la gente cree que Bolívar liberó a los esclavos y nos dio la libertad (confunden independencia con libertad)– hace que el pueblo venezolano y gran parte del de los países andinos, sientan por Bolívar una admiración genuina. Pero ese culto del pueblo fue convertido por el gobierno de Venezuela en un culto “para el pueblo”, es decir lo que llamo la “segunda religión”.

Quise hacer que la gente tomara aquello como algo para debatir en el momento, pero me costó diez años de exilio interno, durante los cuales nunca fui invitado a una reunión de historiadores; y si no hubiese estado en una universidad nacional autónoma, incluso me habría costado mi carrera universitaria.

¿A usted le parece que en este momento de crisis en América Latina estemos frente a la posibilidad de nuevas formas de expresión o de recreación de ese culto a Bolívar?

Sí, es una forma mucho más avanzada, en el sentido de que había relacionado siempre el culto a Bolívar con el sector militar, por las dictaduras militares y demás. Pero, lo que estamos viendo ahora es otra cosa, es mucho más sorprendente; la crisis del socialismo, y no del socialismo autocrático solamente, sino el fracaso de las experiencias socialistas en América, incluyendo Cuba, ha significado que ha quedado un gran sector de opinión, intelectuales, universitarios, etc., literalmente sumergido en un estado de desconcierto ideológico. Los antiguos militantes del partido comunista tradicional se han puesto a trabajar en algo que lleva el curioso nombre de “marxismo, leninismo,

bolivarianismo”. Incluso hace no mucho tiempo se pudo encontrar un libro donde uno de los primeros que trabajó en ese tema tuvo que explicarlo en el exterior, porque, por ejemplo, los chinos no lograban entender esa asociación, y en Corea del Norte le dijeron: “pero si Bolívar fue un latifundista, esclavista”; y el autor al que me estoy refiriendo habla desde su experiencia. Dice que para el pueblo de Venezuela Bolívar es la fe más profunda; entonces la idea era tomar ese sentimiento tan arraigado en el pueblo y usarlo como vehículo de un mensaje que no tiene nada que ver con Bolívar.

¿Una nueva teología de la liberación?

Tú lo has dicho. Como el vehículo ya está construido, uno no tiene que comenzar por decirles a los pueblos: “mire un señor llamado Bolívar” ..., porque todo el mundo sabe o cree saber quién era Bolívar.

Hugo Chávez dice rechazar el marxismo; y aunque añade también que no lo conoce pero que no lo descarta, le añade un elemento nuevo, pues dice que en todas las corrientes hay cosas útiles, cosas interesantes, y que el militarismo tiene una nueva posibilidad en América Latina. Entonces la versión depurada de aquello que era “marxismo, leninismo, bolivarianismo”, es el “bolivarianismo-militarismo”, que consiste en algo muy simple, quizás por eso funciona bien. Consiste en establecer un vínculo directo entre las Fuerzas Armadas y las masas populares, prescindiendo de todas las intermediaciones, sociales, políticas, culturales e incluso constitucionales. Es una relación directa bajo la égida de Simón Bolívar, un Simón Bolívar administrado por quienes se consideran sus herederos directos y están llamados a completar la obra de Bolívar; pero ¿qué es completar la obra de Bolívar? Nadie puede entender qué es completar la obra de Bolívar.

La parte más luminosa de la obra de Bolívar es la americana, sobre todo la andina; entonces, la idea de dar a ese bolivarianismo proyección hacia el mundo andino no es en realidad una fabricación, es la lógica misma del asunto. ¿Cuál es la justificación? A Bolívar hay que rescatarlo. Por otro lado, Bolívar sí fue un revolucionario, pero estos argumentos van contra la historia y hacen de Bolívar un revolucionario, porque, según ellos, estuvo contra los Estados Unidos y era un antiimperialista; y citan su carta a Patricio Campbell. Pero si se lee esta carta con criterio

de historiador, uno se da cuenta de que a quien se está enfrentando Bolívar no es a los Estados Unidos imperialistas, sino a la democracia federalista, que él consideraba que podía plagar América de infortunio en nombre de la libertad. Pero ¿a quién está dirigida la carta?, está dirigida al representante de la corona británica; ¿en qué momento, en qué circunstancias y qué es lo que dice el contexto?; si América sigue insistiendo en la organización democrática federal irá al caos, eso es lo que está diciendo. Como historiador lo relaciono además con el hecho de que en ese momento, en el plano internacional, la democracia norteamericana y el liberalismo norteamericano eran vistos como la mayor amenaza contra el orden jerárquico que se reestablecía en Europa después de Napoleón, después de la Revolución Francesa.

En ese sentido digo que el culto a Bolívar ha encontrado ahora su versión más ponzoñosa. Ahora se convierte en una proposición ideológica con proyección práctica, no solo para la conquista del poder, sino también para el ejercicio del poder, y allí hay una amenaza real para la democracia.

¿Y se pensaría en un proyecto andino?

Lógicamente el foco tienen que ser los países bolivarianos, y en la medida en que esto vaya teniendo éxito podría perfectamente tener sus versiones en otras áreas de América Latina. No quiero decir necesariamente el bolivarianismo, porque será muy difícil que los mexicanos sigan a ese general mexicano llamado Simón Bolívar, —porque ustedes saben que Bolívar recibió la ciudadanía y el generalato mexicano, por decreto del Congreso de 1824—. Veo allí más que todo la posibilidad de un resurgir del militarismo que puede llevar otro apellido, bolivarianismo aquí, pero no sé si se llamará de otra manera en otro lado, pero en la medida que tenga éxito, o si al resultado venezolano llegará a añadirse el colombiano, ya dejaría de ser una expresión venezolana localizada, se convertiría en algo más y daría la impresión de que se está marchando juntos.

¿Cómo mira usted la situación de América Andina desde una perspectiva histórica, a partir de las crisis que están agobiando a cada uno de los países de la subregión?

No puedo atribuirme la capacidad de hacer un diagnóstico regional sobre sociedades tan disímiles, y algunas de ellas tan complejas, como ésta.

Con toda la prudencia del caso, diría que hay un elemento común que es la crisis de la democracia en función de la desorientación ideológica general que se vive en toda el área, y del surgimiento de las que he llamado, al parecer no con mucha fortuna, “ideologías de reemplazo”. De ahí surge este militarismo del que estamos hablando, porque nosotros mismos hemos permitido que se haga la demolición de la democracia y hemos contribuido a ella; hablo también de nosotros los intelectuales. La operación ha sido muy sencilla, se tomó a la democracia, se le endosó el programa socialista y luego se le reprocha el no haber cumplido un programa que tampoco el socialismo cumplió.

Veo la democracia, aunque tal vez mi visión sea un poco estrecha, como fundamentalmente un régimen sociopolítico que garantiza dos cosas: la libertad –no hay ningún otro régimen político que garantice la libertad– y condiciones razonables, objetivas, para que las personas procuren su realización vital dentro de un esfuerzo social. La democracia nunca ha garantizado o ha ofrecido todas las cosas que ofrece el programa socialista, como por ejemplo el derecho al trabajo, a la educación, etc. Esto no quiere decir que la democracia sea ajena o indiferente a esos derechos, no; se supone que la democracia ejercida socialmente genera las condiciones para que la sociedad sea mejor, sea más amplia y satisfaga estos requerimientos, esa es la esperanza. Pero si uno le pone a la democracia todo el programa socialista y después le acusa de no haberlo cumplido, el siguiente paso es proclamar que la libertad no sirve para nada y, en consecuencia, la democracia queda invalidada; y una vez que la democracia queda invalidada, ya no hay muro de contención para la autocracia.

El esquema es muy simplista pero muy eficaz: sostiene que no hay igualdad, pero gracias a la democracia la mujer participa, y no conozco un acto de igualdad más importante que la incorporación de la mujer

en todas las áreas de la vida pública. La participación electoral, el hecho de que los analfabetos, los mayores de 18 años, las mujeres participen en el cuerpo político, eso es obra de la democracia; el que en Venezuela haya seis millones de estudiantes; el que haya facultades donde las mujeres son mayoría, todo eso es obra de la democracia, pero eso no vale nada, ¿por qué?, no vale nada porque esta perversión de la polémica política ha llegado al extremo de hacer caer sobre la democracia la culpa de no cumplir al cien por ciento el programa del socialismo.

¿Usted está diciendo que en la América Andina, al estar la idea de la democracia en crisis, estarían resurgiendo ideologías de reemplazo autoritarias?

Sí, porque tampoco el socialismo puede levantar una bandera propia; para hacerlo tendría que hacer una autocrítica muy seria.

Estas ideologías de reemplazo también estarían emparentadas al populismo?

Por supuesto.

¿Qué diferencia existe entre el liderazgo de Hugo Chávez y otros liderazgos, como por ejemplo el de Perón o Haya de la Torre?

Lo importante para mí es que las ideologías de reemplazo no son un invento de ahora; las hubo mucho antes, pero se daban dentro de marcos ideológicos relativamente definidos; es decir, socialismo a un extremo, el socialcristianismo, la socialdemocracia, etc. El peronismo no era una realidad sin contexto, tenía que definirse en relación a éste; tenía que fijar posición sobre los mismos problemas que las otras ideologías estaban debatiendo. Este esquema ha desaparecido.

Ahora, ¿a qué llamo ideología de reemplazo? A aquellas formas ideológicas de emergencia, en situaciones de desorientación ideológica por la crisis en todo el universo ideológico, como consecuencia de la crisis del socialismo, que era el elemento definitorio, porque daba un punto de referencia para clasificar todas las otras concepciones. En América Latina estamos viviendo esta situación. En Venezuela Hugo Chávez es producto de un ejercicio democrático abrumado por la desorientación ideológica.

¿Las ideologías de reemplazo en el caso del bolivarianismo militarismo tendrían a las Fuerzas Armadas como el actor central?

Son el actor principal; el otro, el secundario, es el pueblo, o como lo llaman en Venezuela, el soberano. Pero entre las Fuerzas Armadas y el soberano no hay ninguna mediación institucional y sobre las Fuerzas Armadas está el caudillo, no el caudillo en el sentido decimonónico, sino el hombre que se atribuye la facultad, por ejemplo, de sacar la espada de Bolívar y decir frente al Panteón Nacional, algo así como: “esta espada se mantendrá desenvainada mientras en América reine la opresión del imperialismo”. Toda esa jerga elaborada a través del bolivarianismo se quiere erigir como una nueva postura internacional. Si eso calará en países como Brasil o Argentina, no lo sé, pero en el universo andino ya está demostrado que tiene posibilidades.

¿Esta sería la única ideología de reemplazo con posibilidades de convertirse en dominante en América Latina o habría otras?

Como ideología, hasta donde conozco, es la única. Puede haber formas de gobierno que recurran a un mensaje todavía más elemental, menos elaborado; el señor Fujimori creo que sería un buen ejemplo de ello. Yo no sé si con el “Fujimorismo” se ha llegado a producir un cuerpo de ideas, pero ofrecerle a los peruanos que se va a terminar con el terrorismo, que se va a garantizar la seguridad pública, puede en un momento hacer que para una sociedad esa sea la reivindicación más importante, y entonces haya regímenes políticos simplemente autoritarios, sin tomarse el trabajo de legitimarse con una construcción ideológica; eso es posible, pero es mucho más fácil con el otro vehículo, el de una ideología de reemplazo.

¿No se podría tal vez hacer una lectura inversa? Si uno piensa que lo que está pasando en Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela es en realidad el auge de una muy fuerte ideología militarista, que se expresa de diversas maneras –el bolivarianismo en el caso de Chávez, el Fujimorismo en el caso del Perú–; de todas maneras lo que tenemos es a las Fuerzas Armadas consolidando su posición central en las sociedades andinas y legitimando a través de diversas subideologías ese poder.

Estoy totalmente de acuerdo. Las Fuerzas Armadas no pueden decir: “nosotros vamos a usufructuar la sociedad porque tenemos las armas”. Hasta el poder más crudo y brutal tiene que legitimarse de alguna manera. Sí, el bolivarianismo es una de las formas de legitimarse y es posible que haya otras, o puede que en algunos casos se prescinda de la legitimación.

Para el “bolivarianismo-militarismo” no hay ese problema. Basta con que se diga “Bolívar lo quiso”; vaya usted a averiguar lo que quiso Bolívar, pero construyen un Bolívar demócrata, un Bolívar popular, un Bolívar socialista. En Caracas se editó un libro escrito por marxistas donde se emparenta a Bolívar con Marx; allí se dice que los dos formaban parte del gran movimiento de los pueblos por la revolución.

Pero no olvidemos que dentro del bolivarianismo están también ciertos sectores civiles, están los remanentes de los partidos comunistas, socialistas y otra gente que no puede ser incluida en las Fuerzas Armadas, aunque coadyuven a este sector. La columna vertebral del asunto son las Fuerzas Armadas; pero no nos engañemos, esto es efectivo porque hay una situación real de hambre, de malestar, de abandono social, de injusticia, de desempleo, de negación de la libertad real. La democracia tiene vicios muy profundos y extensos. Es decir, los militaristas no están agrediendo un sistema puro, no culpable de nada. Yo creo realmente que la responsabilidad de los demócratas es muy grande, porque con su manejo poco edificante de la democracia han contribuido a la creación de este clima adverso a la libertad.

¿Se podría interpretar a estas ideologías de reemplazo como parte de una respuesta al fenómeno globalizador, en la medida que ellas apelan a valores locales frente a estos otros valores importados desde el exterior?

En ese sentido digo que se trata de un movimiento históricamente reaccionario frente a lo que parece ser el curso del mundo actual. Podría hablarse de un conato de fundamentalismo bolivariano. El fundamentalismo se define por la exaltación de un pasado perfecto, no de un futuro posible, y en cierta forma esto se observa en el “bolivarianismo” o “militarismo bolivarianista”. Pero allí hay una gran traba y es el hecho real de que no se puede manejar estas sociedades co-

mo si fueran ínsulas, ni se puede funcionar en la complejidad del mundo internacional sin observar sus tendencias, ya definidas, y en cuya definición no se tiene capacidad para influir, porque están determinadas por un poder económico, social y político respecto del cual se es completamente secundario, en cuanto a la toma de decisiones. No nos engañemos, nosotros no estamos influyendo en la formación del nuevo orden político internacional. América Latina ha perdido significación desde el punto de vista político. Teníamos la significación que nos daba la existencia de una democracia relativamente asentada en algunos países, y la estamos perdiendo.

En los grandes conflictos que vive la humanidad, América Latina no tiene voz ni voto. ¿Qué significa eso desde el punto de vista de la capacidad de resistencia a las normas que genera ese mundo poderoso y grandote?; ¿buscar aislamiento, levantar murallas, de papel o de palabra, cuando tienes que vender petróleo y tu economía no significa sino menos de la décima parte del capital de una cadena hotelera norteamericana? Las formas de resistencia, en ese caso, tendríamos que verlas como búsqueda de una definición de la propia sociedad sobre la base de autenticidad social e histórica, pero no como rechazo ni como enfrentamiento. Y el gran mensaje de Bolívar para los latinoamericanos –que es el único que no tomamos en cuenta– es el llamado a la creatividad, aquella con que Bolívar empieza en el manifiesto de Cartagena y termina con el mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia; es decir, ser capaz de enfrentar la realidad como creación, como reflexión, tener el coraje suficiente para fijar una posición, aunque esa posición no sea compartida. Esa creatividad que hizo que Bolívar formulase la teoría y la práctica de la independencia de América es el mensaje. Es el mandato incómodo de Simón Bolívar, porque nos exige limpiar nuestra conciencia histórica y social y ser capaces de partir de lo real para concebir formas de actuación. Esa fue la reflexión constante que lo llevó a formular la teoría de la independencia de América. ¿Por qué no reivindicamos este mensaje, si lo que estamos buscando es un referente? Ese es mi bolivarianismo: la creatividad. Ese es el mensaje de Bolívar en el presente latinoamericano.